

Reflexiones sobre la educación, aquí y ahora

4 junio 2008

1. Los dos discursos educativos que contienden sobre la arena política y educativa encuentran sus razones en el interior de una misma clase: la burguesía. La contradicción entre esos dos discursos es una contradicción que se produce y se juega entre facciones de una misma clase: la burguesía. La educación que le gusta a la vieja derecha, a la burguesía más conservadora, es la severa (y muy antigua) educación jesuítica; la educación que le gusta a la nueva burguesía (pseudo)progresista es la ya rancia educación "nueva" del siglo XIX, propuesta de la pequeña burguesía que bebe en las fuentes ideológicas del liberalismo decimonónico, más o menos rejuvenecido por Dewey y demás compañeros de viaje: el viejo idealismo romántico pasado por los intereses "manuales" de la producción capitalista.

En ese terreno no se juega a favor de los intereses educativos de la clase obrera, precisamente porque ni siquiera se contemplan. Mejor dicho: esos intereses se juegan y se pierden en ese terreno. De modo que sería estrictamente necesario salirse de esa contradicción estéril, que no nos atañe, para ofrecer(nos) a los trabajadores una alternativa propia, la que se proyecte hacia (y desde) los intereses educativos de los trabajadores: conocimiento, voluntad, autodisciplina, conciencia de clase. Sin esa alternativa a nuestra disposición, la más profunda derrota de la clase trabajadora es un hecho. Por eso, estamos en la situación del que ha sido derrotado y ni siquiera sabe que lo ha sido ni por quién lo ha sido. Necesitamos una teoría educativa (y política) propia de la clase trabajadora y apropiada para los intereses de la clase trabajadora; necesitamos una organización que pueda hacer posible el desarrollo de la práctica propuesta (y presupuesta) por esa teoría; necesitamos una voluntad de acción contrahegemónica y una disciplina para la acción contrahegemónica: sólo así podremos tratar de cambiar la actual correlación de fuerzas, es decir, sólo así podremos ponernos en situación de combatir contra la hegemonía de la clase burguesa y de avanzar hacia la hegemonía de la clase trabajadora.

2. La perspectiva del marxismo determinista y mecanicista de la II Internacional es la misma que la de los pseudoprogresistas educativos: no forzar las cosas, no obligar a los niños a estudiar o aprender más allá de lo que les pidan las necesidades de su cuerpo o de su alma (de acuerdo con su presunta evolución individual): dejar obrar a la naturaleza. Se supone que la naturaleza hará lo que tenga que hacer y conseguirá que del interior de los niños surja, como por ensalmo, el conocimiento que se halla en ellos encerrado; esto se llama educación platónica. En efecto, la educación lúdica rusioniano-platónica tiende a producir cierto tipo de práctica política basada en la pasividad de la ciudadanía (sobre todo, de aquella parte de la ciudadanía estructuralmente contradictoria con el modo de producción capitalista: la clase trabajadora), y ello, porque trabaja en el seno de la sociedad civil para producir la apatía intelectual de los trabajadores.

En todo caso, hay que afirmar que, sin duda, ni llegó la revolución que los marxistas de la II Internacional decían que iba llegar por simple evolución de las cosas, ni la naturaleza hará surgir de los niños lo que, por supuesto, nunca ha estado (de antemano) dentro de ellos: el mito de las ideas platónicas no es, precisamente, más que un mito. En realidad, lo que tanto los unos como los otros sí han logrado (dejando obrar a la simple evolución de la sociedad o de la naturaleza) ha sido la destrucción de las esperanzas emancipadoras de la clase obrera: ambas han hecho imposible la realización de los intereses intelectuales (es decir, contrahegemónicos) de la clase trabajadora. Parece que el idealismo es muy mal consejero en las cuestiones que tienen que ver con la autoemancipación y la lucha por la hegemonía propia.

El pensamiento educativo pseudoprogresista está hegemonizado (política, cultural e ideológicamente) por los intereses de la pequeña burguesía. No hay en el discurso educativo dominante en la socialdemocracia realmente existente ninguna mención seria a los intereses intelectuales de la clase trabajadora, ni, mucho menos, a sus intereses autoemancipadores: los constructores de ese discurso no han tenido (ni tienen) en mente, en ningún momento, la situación de postración intelectual (cultural y moral) de la clase trabajadora aquí y ahora, y, por tanto, ni siquiera se les puede pasar por la cabeza la idea de producir un discurso educativo que sirva a su reforma intelectual y moral, es decir, a sus intereses contrahegemónicos. En fin, los autores intelectuales del discurso educativo dominante en el espacio político de la izquierda realmente (in)existente han obrado a favor de los intereses hegemónicos de la burguesía, actuando, sin más, como sus intelectuales orgánicos en el terreno de la política educativa. Ellos pueden decir lo que quieran, en un esfuerzo de convencernos de lo contrario; los hechos que ahora lamentamos, que son producto necesario de su teoría, se encargan de asegurar que así es: la que se ha beneficiado del discurso educativo idealista que ha dominado en nuestro país, entre la izquierda, en los últimos veinte o treinta años, ha sido la burguesía. Y, con ese beneficio, ha fortalecido como nunca su hegemonía.

3. Necesitamos, pues, una teoría de la acción educativa eficaz (de acuerdo con los intereses contrahegemónicos de la clase trabajadora). La medida de su eficacia se determinará, precisamente, por su capacidad de liberar a los profesionales de la educación (en cualquiera de los espacios en que ejerzan su trabajo, incluidas las propias familias) del efecto narcotizante producido tanto por la pedagogía centrada en el niño y en sus deseos primarios, como por la pedagogía lúdica y platónico-rusoniana (pedagogías que parecen ser una y la misma). Su eficacia se medirá en su capacidad para producir un avance hacia la autoemancipación intelectual de la clase trabajadora, hacia su reforma intelectual y moral, hacia su hegemonía dentro de la sociedad civil y dentro de la sociedad política (es decir, en la totalidad del Estado).

Los tres pilares de la educación (es decir, los tres fines básicos de la formación intelectual), según los intereses de la clase trabajadora en lucha por su hegemonía, son: el conocimiento del mundo natural y social (y de su historia), para saber de dónde venimos, dónde estamos y a dónde es preciso que lleguemos; el logro de una sólida voluntad consciente que quiere aplicarse sobre una realidad miserable con el preciso fin de producir su

subversión; la forja de una autodisciplina apta para dirigir los propios destinos como individuos, como clase y como nación.

Los educadores platónico-rusonianos, olvidando (peor aún: despreciando) la capacidad intelectual de los niños de la clase trabajadora, y renunciando a conducirlos al conocimiento del mundo natural y social, a la voluntad consciente y a la autodisciplina, los ponen en situación de sufrir la correspondiente socialización destructiva dentro de un medio social dominado por el discurso hegemónico burgués del consumismo compulsivo, la falta de interés colectivo solidario y la pasividad política, y acaban dejándolos a merced de los politicastos manipuladores de la derecha más reaccionaria, o de cualquier salvador-de-la-patria-amenazada que los engañe con sus sofismas y los arrastre hacia posiciones aún más autodestructivas. Esto constituye la prueba aplastante de la ineptitud de los educadores (y del discurso educativo) rusoniano-platónicos, porque demuestra la escisión entre una retórica educativa grandilocuente (enjaezada con hermosas palabras, altisonante propaganda de presuntos fines magníficos) y los hechos miserables provocados. Son su práctica destructiva de la potencialidad intelectual de los niños, su ineptitud en la educación de la voluntad consciente de los niños y su negativa a propiciar la autodisciplina de esos niños, las que han provocado la actual situación de miseria cultural y moral de los centros de enseñanza públicos de los barrios en que vive la clase obrera.

Su obra ha sido un fracaso concluyente, sí. A no ser que pensemos, como es razonable pensar, que, en el fondo, han conseguido lo que verdaderamente buscaban (la destrucción de las energías intelectuales, de la voluntad consciente y de la autodisciplina de la clase trabajadora) y que la grandilocuente retórica "buenista" que se han venido gastando no es más que una cortina de humo que pretende ocultar esa finalidad destructiva. Trabajar desde dentro para destruir al enemigo: a esto, los manuales de la lucha política lo llaman "sabotaje".

15 junio 2008

a) Desde sus instituciones (dirigidas por el gobierno y sus encargados-funcionarios), el Estado en sentido restringido realiza diversos tipos de acciones que buscan conseguir la disminución de la capacidad contrahegemónica de los "subalternos"; así, por ejemplo, mediante la estrategia global del sistema educativo actúa para destruir la potencialidad intelectual, de voluntad y de autodisciplina de la clase trabajadora y para impedir que la lucha de esa clase por su hegemonía en la sociedad civil pueda siquiera producirse.

b) El Estado produce con el sistema educativo cierto tipo de educación (una que niega el conocimiento serio a los hijos de los trabajadores y les impide el crecimiento intelectual y moral), de modo que los trabajadores no puedan competir en el terreno de la lucha por la hegemonía en el espacio de la sociedad civil. Así, una institución del Estado (el sistema educativo) colabora debidamente en el logro de la hegemonía que la clase dominante consigue en el espacio de la sociedad civil, haciendo lo posible por desarmar intelectualmente (conocimiento, voluntad, autodisciplina, conciencia de clase) a la clase obrera.

16 junio 2008

1. Tres instrumentos tiene el gobierno para impedir la acumulación de energías intelectuales, voluntad consciente y autodisciplina por parte de la clase dominada dentro de la sociedad civil:

Uno es el transformismo: la detración de intelectuales del ámbito de la izquierda real y su conducción al ámbito, bien de la pseudoizquierda burguesa, bien directamente de la derecha puramente conservadora (aquí y ahora, neoliberal y fundamentalista). Hemos visto, en los últimos treinta años, innumerables casos de este fenómeno, que ha dejado descabezada a la izquierda real: desorganizada, sin voluntad, sin capacidad teórica, políticamente aislada y sin energías intelectuales.

Otro es el sistema educativo, y, también, el discurso de la educación que conforma hasta sus aspectos más íntimos el tipo de relación educativa que se produce, respecto a los niños, en las familias de la clase obrera. El sistema educativo y la educación familiar se encargan de destruir (sin que lo parezca, de eso se trata siempre en la sociedad civil) las energías intelectuales, la voluntad consciente y la autodisciplina de los niños de la clase trabajadora; el resto lo hace su socialización, que se lleva a cabo dentro de una sociedad civil absolutamente permeada por la ideología neoliberal del consumismo compulsivo y el individualismo posesivo, antítesis evidente de los necesarios valores de la clase: la sobriedad socio-moral y la solidaridad colectiva (la "fraternidad").

El tercer instrumento son los medios de comunicación de masas y toda la industria de la cultura que, respecto de la clase trabajadora, operan: 1) la desinformación en relación con los ámbitos social, económico y político; 2) la desideologización en relación con su pertenencia de clase; 3) la pasividad en relación con los daños que puedan sentir que están soportando, y, en fin, 4) la aceptación (incluso activa) de la sociedad capitalista neoliberal. Éste instrumento completa la labor del discurso educativo y de los diversos tipos de relación educativa presentes en el sistema educativo y en el seno de la sociedad civil, y cierra el círculo vicioso de la hegemonía burguesa, haciendo posible el transformismo sistemático.

En efecto, los resultados necesarios de la función devastadora sobre la clase trabajadora de esos tres instrumentos, que parecen funcionar todos ellos en el espacio exclusivo de la sociedad civil, acaban siendo:

- la destrucción de la conciencia de clase, que lleva a los trabajadores a la integración subalterna en el sistema capitalista, como si éste fuera un fenómeno natural contra el que es absurdo tratar de actuar, y que, en ese sentido, es bueno "por naturaleza";

- la incapacidad intelectual de los trabajadores, que les impide salir de la ignorancia de lo que les pasa exactamente y de qué tipo de mecanismos operan en la producción de su sufrimiento; que les impide pensar (o imaginar siquiera) cómo podrían acabar con esto que (aunque no sepan qué es con todas sus consecuencias) les pasa, sin duda, como clase

(en el hipotético caso de que consigan acceder de alguna manera a la conciencia de clase necesaria);

- la carencia de voluntad consciente, que les impide siquiera pensar en el hecho de que colectivamente pueden cambiar las cosas si piensan en ello y se organizan, que en su energía intelectual (expropiada, arrasada por las maniobras educativas de la burguesía) está la clave del conocimiento de lo que les pasa y de lo que podrían, sin duda, hacer para revertir el proceso de expropiación múltiple que los destruye como clase (y como seres humanos), que la voluntad humana (su propia voluntad colectiva) es capaz de acabar con la miseria que, aquí y ahora, los humilla, para conseguir otra sociedad, una en la que puedan vivir como seres humanos completos y autónomos; en fin,

- la ausencia de autodisciplina, que les impide construir organizaciones políticas, sociales y culturales de clase, fuertes y enérgicas en su acción de clase, capaces de identificar lo que hay que hacer, de poner manos a la obra de hacerlo y de determinar que el curso de los acontecimientos sea el que ellos han previsto que sea: con su inteligencia, con sus conocimientos, con su voluntad consciente, con su autodisciplina, en fin, con su decidido esfuerzo de lucha colectiva.

De este modo, la labor simultánea de la educación (el sistema educativo público, en su búsqueda contradicción con el privado -de calidad y de servicio a las diferentes clases sociales-; las relaciones educativas moleculares: la familia, fundamentalmente) y de los medios de comunicación de masas, forjadores de la (así llamada) "opinión pública", tiende a producir una sola opinión (el pensamiento único socioeconómico que la clase dominante -la burguesía- ha ido forjando en los últimos treinta años), una sola voluntad (la que ponen de manifiesto los intelectuales orgánicos de la clase dominante y ponen en práctica los dirigentes políticos de esa clase) y una sola disciplina (precisamente la que liga a los ciudadanos con el Estado burgués). Cualquier otra opinión o voluntad o disciplina han de ser arrojados al exterior de la colectividad, de modo que, como escribió Gramsci, se pueda acabar convirtiendo a "los discrepantes en un polvillo individual e inorgánico" ['Quaderni del carcere' 7, n.83, 914-915]. Así, se llega a convertir en puro "sentido común" el fácil y constante paso que se produce desde las posiciones políticas de la izquierda real a las posiciones afines al poder dominante burgués, es decir, el transformismo.

Sin embargo, esto no tiene por qué ser así. La respuesta es: capacidad intelectual, conocimiento de lo que hay, de lo que sucede y de lo que nos sucede (y de su historia), voluntad consciente, autodisciplina, conciencia de clase, organización colectiva para la acción contrahegemónica. Para ello se necesita un sistema educativo nuevo y radicalmente diferente; es decir, se necesita una nueva teoría educativa, capaz de responder a los intereses contrahegemónicos de la clase obrera, capaz de diseñar una alternativa que pueda ser ofrecida a nuestra clase y a la sociedad civil. Es necesario, para conseguir eso, ponerse a pensar colectivamente en el problema sin prejuicios: sabiendo cuáles son los verdaderos intereses colectivos de la clase obrera.

17 junio 2008

El sistema educativo, tal como ha sido diseñado, de arriba a abajo, por los diferentes gobiernos y demás instituciones del Estado, no cumple su fundamental función de impedir la disidencia intelectual de la clase obrera en el seno de la sociedad civil (y también de la sociedad política) mediante una labor de inculcación ideológica explícita, que tendría que ver con el presunto aprendizaje de valores burgueses como la disciplina, el esfuerzo que llama a una recompensa que puede ser diferida, la puntualidad, la sobriedad, el respeto de las normas. No, no lo cumple de esa forma.

Aquí y ahora, el método es más miserable y parece que quiere conseguir finalidades más destructivas: el sistema educativo ha sido conformado para impedir el acceso serio al conocimiento del mundo natural y social por parte de los alumnos de la clase trabajadora, y, de paso, para hacerles creer que apenas hay nada que aprender que pudiera interesarles a ellos o que ellos pudieran utilizar para el desempeño de sus vidas: para hacerles despreciar el conocimiento.

Al mismo tiempo, el sistema educativo, tal como ha sido conformado por las leyes educativas de los últimos cuarenta años (especialmente por la LOGSE, que siguió la senda abierta por la LGE y llevó al extremo sus peores aspectos), ha trabajado para impedir, precisamente, aquellos valores burgueses que presuntamente (según las teorías funcionalistas de la reproducción social de Bowles y Gintis) debían adquirir: tanto la capacidad para desarrollar un esfuerzo sostenido como la posibilidad de diferir la recompensa por ese esfuerzo realizado, tanto la autodisciplina como la capacidad para organizarse colectivamente, tanto la seriedad en relación con la asunción de las propias responsabilidades como la puntualidad y la seriedad en el trabajo intelectual, tanto la voluntad consciente como la idea de finalidad seria en su trabajo de aprendizaje: todos los valores que harían de ellos personas autónomas, concedoras del mundo que los rodea y capaces de organizarse disciplinadamente y con voluntad consciente para tratar de cambiar la odiosa sociedad en que viven.

En efecto, el tipo de mundo moral en que se desarrolla el aprendizaje de los hijos de la clase obrera (el que para ellos han diseñado el sistema educativo, los funcionarios sumisos a la organización y los comisarios políticos encargados de la represión de la disidencia) es uno que les impide radicalmente la asunción del conocimiento extenso y en profundidad; que produce masivamente en ellos irresponsabilidad y, por eso, incapacidad para la concentración y el trabajo intelectuales; que estimula activamente, con unos modos de actuar lamentablemente condescendientes, su corrupción moral (y de ahí viene, a menudo, la aparición de la violencia en los institutos y la desconsideración rampante frente a sus compañeros y sus profesores); que, en fin, genera en los alumnos de los institutos públicos la incapacidad para sujetarse a reglas y, sobre todo, la incapacidad para la aplicación del esfuerzo y la constancia a su labor de aprendizaje. Así, no sólo se consigue que los hijos de la clase obrera no accedan al conocimiento, sino que, además, se extiende la idea de que son verdaderamente incapaces de hacerlo: ante ellos mismos, ante sus padres, ante la sociedad civil y ante las propias instituciones político-educativas del Estado. Se logra,

incluso, que ellos mismos sean vistos como los primeros culpables de ese mundo moral que los está destruyendo. Así, en fin, se consigue desarmarlos intelectual, psicológica y moralmente.

De este modo, sin voluntad consciente, sin autodisciplina, sin capacidad de esfuerzo, considerando que lo que hacen no tiene ningún sentido para sus vidas, los hijos de la clase obrera acaban encontrándose, en el proceso de su socialización, a merced de la manipulación ideológica inducida desde la sociedad civil: asumen así, como buenos para sus intereses, los valores del consumismo compulsivo y del individualismo posesivo (¡qué escarnio!), que los encadenan a la rueda de molino del sistema capitalista, y se convierten, de esa forma, en sumisos trabajadores al servicio de sus amos. ¿Cómo se podría creer que el logro de esta finalidad manifiesta de la burguesía se podría producir mediante la asunción por parte de los trabajadores de los propios valores de la burguesía? La burguesía no quiere producir burgueses, sino trabajadores ignorantes y sin voluntad, sin espinazo moral ni conciencia de clase, sin autodisciplina ni capacidad organizativa: mano de obra barata y pasiva para los contratos-basura que genera el sistema.

En efecto: así consigue la burguesía desarmarnos. La mejores armas de la lucha contrahegemónica son la estatura moral y la capacidad intelectual de los dominados, su voluntad consciente y su autodisciplina; sólo cuando la clase se convierte organizadamente en un intelectual colectivo, se hace posible la lucha por la hegemonía. Por eso, la burguesía obra contra nosotros como lo hace; por eso ha diseñado el sistema educativo como lo ha hecho. Y, como se ve, lo ha sabido hacer, porque nunca ha estado la clase trabajadora en peores condiciones para su lucha contra la burguesía, ni más lejos de conseguir su hegemonía.

Salustiano Martin (en Re(d)forma en serio)